

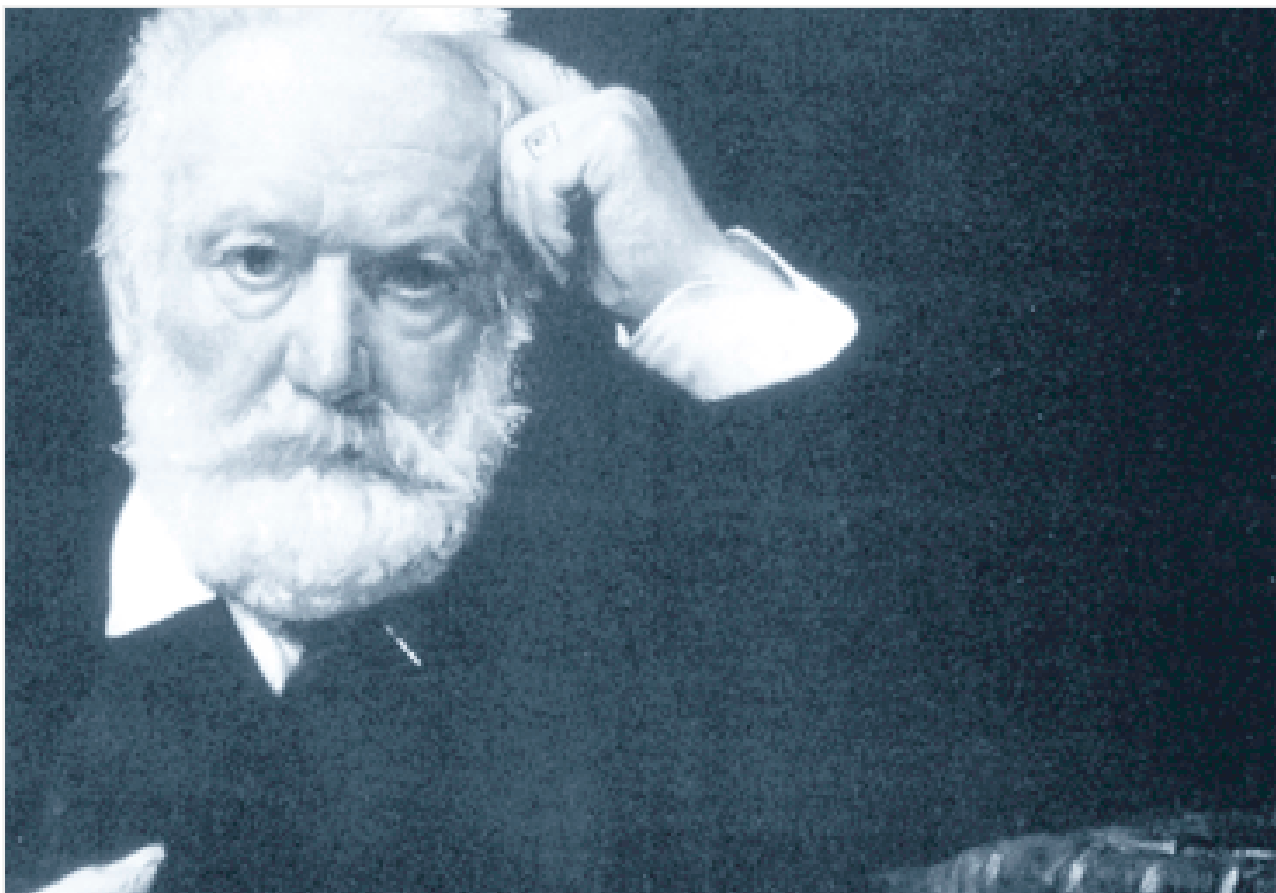
VICTOR HUGO EN PASAJES

Santiago Aizarna

Hace doscientos años que, en Besançon, nacía Victor Hugo. Con ocasión de su bicentenario natal, que este año se celebra, parece oportuno recordar la visita que, en el verano de 1843, acompañado por su esposa, Julieta Drouet, hizo a Pasajes. Era su acostumbrado viaje anual de turismo a la par que de estudio y de acopio de ideas y temas para alimento de su inspiración. En su caso, no resaltaba, como en otros viajeros ilustres, el morbo de la curiosidad por visitar los lugares más pobres de ese lugar llamado España y para los que, con seguridad, Africa empezaba en los Pirineos. Ni tampoco tenía especial interés, como tantos otros, en escarbar en el tipismo de la España de la pandereta y del bandolerismo, como, por un ejemplo, ocurrió con Merimé, que entre Echalar y Sevilla, tomando del pueblo navarro al brigadier José y de Sevilla a Carmen, la cigarrera, creó la mejor española de todos los tiempos, resaltada con la ayuda de Bizet, por supuesto. No era, éste

que contamos, el primer encuentro de Hugo con el País Vasco y acaso, una de las razones que le impelían a efectuar este viaje era el recuerdo de aquel otro que hiciera en compañía de su madre y hermanos con motivo de la visita a su padre, por el tiempo en que éste fue general de los ejércitos napoleónicos en Madrid al servicio de José Bonaparte, rey de España, quien le nombró conde de Sigüenza.

De su viaje de París a Pasajes fue dejando abundantes notas. En Bayona, se enamora de una joven de 14 años con la que vive un romance de amor y literatura; visita Biarritz, y, en San Juan de Luz, para en la casa solar de Lohobiague, morada que fuera del rey Sol cuando fue a casarse con la infanta María Teresa de España; se detiene en la muga de Behobie y suelta aquella consideración de gramática comparada (*Heme aquí en el país donde la `v' se pronuncia `b'*), acompañada de una cita báquica de Scaliger, aquella que dice que: *`Felices populi quibus Vivere est*





Bibere'. En la Isla de los Faisanes, su observación es irónica y comparativa, igualmente: *'No hay faisanes en la Isla de los Faisanes; a lo más una vaca y tres patos, sin duda comparados para hacer el papel de faisanes para los visitantes. Esto ocurre, poco más o menos, en todas partes: en París, en el barrio de las Marismas, no hay marismas; en el Paseo de los Tres Pabellones, no hay pabellones; en la calle de las Perlas, no hay más que campesinas; y, en la Isla de los Cisnes, sólo se ven zapatillas anegadas y perros destripados. Cuando una isla se llama de los Faisanes, resulta que no hay más que patos'*. Sigue viaje por Irún, de Oyarzun elogia sus casonas, y, en cuanto a Astigarraga (paso obligado), ni lo menciona. Yendo por tales lugares, no es raro que nos asalte una duda, la correspondiente a Hernani, un nombre mítico tanto en la literatura mundial como en la particular de Hugo. ¿En qué se basa la elección de este nombre para aplicarlo al osado bandido aragonés, protagonista de ésta su tan afamada obra teatral? ¿Se dejó llevar por la eufonía? De todas formas, no es un nombre que tenga que ver con este viaje que estamos narrando, puesto que las fechas no casan: la obra *'Hernani'*, se estrenó en 1830 (dando lugar a una auténtica batalla campal entre románticos y clasicistas), trece años antes, por lo tanto, de que efectuara este viaje. De lo que

sí habla, en cambio, y con gran fervor, es de San Sebastián, que le hace arrancar de su pluma las notas más líricas, tanto en lo relativo a sus maravillas naturales y urbanísticas como en lo que atañe a la belleza, prudencia y discreción de sus mujeres. No olvida, por supuesto, a uno de los singulares personajes con los que se topa, con un barbero nacido en Aix-la-Chapelle y que habla cuatro lenguas: el alemán, por el lugar de su nacimiento; el francés, por sus azares de soldado; el español, por haber caído prisionero, y, el vascuence, por haberse casado con una vascongada. Habla también, de las pulgas donostiarra (un tema clásico en todos los visitantes a la capital donostiarra hasta la aparición del DDT), y las incluye en un gracioso resumen de la ciudad: *'Las huellas de las granadas, en todas las casas; las huellas de las tempestades, en todas las rocas; las huellas de las pulgas, en todas las camisas. Voilà San Sebastián'*.

Y llega Victor Hugo a Pasajes, *'este humilde espacio de tierra y mar, que sería admirado si estuviera en Suiza; que sería célebre si se hallara en Italia, y que es desconocido porque se encuentra en Guipúzcoa'*. A su llegada al paso de las bateleras, pormenoriza la tarifa: *'La travesía no cuesta mucho: los pobres pagan, un sueldo; los burgueses, un real; los señores, media peseta; los emperadores, los príncipes y*

los poetas, peseta entera'. La larga y estrecha calle de Pasajes de San Juan, llamó su atención: 'Pasajes no tiene más que una calle. Yo la he recorrido en toda su longitud. Nada más riante ni más sereno que el Pasajes contemplado del lado de la bahía; nada más severo ni más sombrío que el Pasajes visto por la parte de la montaña. Sus casas son palacios por delante y chozas por detrás. Cuando llegais por el mar, vuestro pecho se dilata y creéis hallaros en un lugar bucólico. ¡Oh, la dulce, la cándida e ingenua población de pescadores!, exclamais. Pero, entrad en sus casas: entonces os hallareis ante hidalgos, respirareis el aire de la Inquisición, y vereis alzarse, al otro extremo de la calle, el espectro lívido de Felipe II', escribe, confundiendo posiblemente la realidad con sus posos históricos y literarios. En una carta dirigida a su hija mayor, Leopoldina, y que murió precisamente ese mismo año de 1843, describe la casa en donde se aposenta: 'Estoy en un ancho balcón que da sobre el mar. Me hallo acodado en una mesa cuadrada cubierta con un tapete verde. Tengo a la derecha, mi dormitorio. A la izquierda, la bahía. Rodea a ésta una sucesión de colinas, cuyas ondulaciones van perdiéndose en el horizonte hasta alcanzar los contrafuertes descarnados del monte Larrún. La bahía se ve constantemente alegrada con el incesante bogar de las barquillas de las bateletras. Mi casa ostenta un escudo, pero los años han borrado el blasón. Las paredes son de piedra y de un espesor de torreón. Es una casa singular pues jamás he visto otra igual. Cuando crees hallarte en una cabaña, una escultura, un fresco, un ornamento inútil te advierte que te hallas en un palacio. Desde mi cama veo el mar y los montes...' Y, con la clásica habilidad para el dibujo, que le distinguía, Victor Hugo acompañaba esta carta de un croquis de esta casa en donde permaneció por espacio de siete días, y que, posteriormente, pasó por varias vicisitudes, de las que se pudiera contar la ocurrida, por un ejemplo, con aquel proscrito francés, el poeta Paul Derouledé, quien quiso convertirla en un museo, inaugurándolo en compañía de otro poeta francés, François Coppée, inauguración en la que tomó parte el barítono donostiarra Ignacio Tabuyo, interpretando, entre otras canciones, la romanza de la ópera 'Ruy Blas', sobre texto poético del propio Hugo, y sirviéndose, en el consabido banquete, el mismo menú que a él le servían y que lo dejó anotado para

la posteridad. La historia de la casa de Victor Hugo en Pasajes se alarga en el tiempo. Hasta el mismo Pío Baroja, con su prosa ácida y sintética, escribió que, 'en Pasajes, había antes en la casa antigua donde vivió Victor Hugo un pequeño museo, que no tenía nada de particular, instaurado por Derouledé que, como se sabe, era un fantasmón, pero, en fin, el museo tenía el nombre y el recuerdo. El Ayuntamiento de Pasajes no contaba con consignación para sostener un mozo que le pasara el plumero al busto del gran poeta francés, y pidió al de San Sebastián una ayuda; el de San Sebastián dijo que no tenía nada que ver con ello, y el pequeño museo de Victor Hugo se cerró. El Ayuntamiento de San Sebastián no supo tener en cuenta que Victor Hugo ha sido un gran poeta, de fama universal, que ha hablado repetidas veces con simpatía de los vascos, que ha hecho que el nombre de un pueblo de la provincia de Guipúzcoa, Hernani, corra por el mundo entero. Un poeta es poca cosa para un concejal donostiarra. ¡Si, al menos, hubiese sido gentilhomme de cámara! ¡Si hubiera tenido un pequeño título!'. La casa fue adquirida, más tarde por José de Orueta y su hijo Antonio, y restaurada posteriormente. En los siete días que ahí paso, el poeta fue asistido por una señora que tenía dos hijas, con una de las cuales se rumoreó que pudo tener un comienzo de idilio.

De su estancia habría que destacar, y en lo que a lo gastronómico se refiere, al menos, sus apetitosos y opimos menús, descritos por él mismo, de la siguiente manera: 'Una ración de ostras arrancadas la misma mañana de las rocas de la bahía, dos costillas de cordero, una lubina que es un pescado delicioso, dos huevos al plato azucarados, una crema de chocolate, varias peras y melocotones, una taza de excelente café bien cargado, una copa de vino de Málaga y sidra a placer, ya que no me gusta el vino de odre. Este era mi almuerzo'. En cuanto a la cena, 'una sopa seguida de puchero con tocino y garbanzos, dos rodajas de merluza frita al aceite, un pollo asado, una ensalada de berros recogidos en el arroyo del lavadero, una ración de guisantes con huevos duros, un pastel de maíz con leche aromatizada con flor de azahar, y, como postre, briñones, peras, y una copa de vino de Málaga'. Unos menús que acreditan, ciertamente, que el gran poeta francés, gozaba de buen apetito.